

Mujer y esclavitud en el cuento “Saeta” de Yolanda Pizarro

Amarilis Hidalgo de Jesús
(Bloomsburg University of Pennsylvania)

Introducción

Son muy pocos los estudios que se han hecho sobre el papel que ejerció la mujer esclava en el desarrollo de la preservación cultural africana en el Caribe y de su resistencia a las injusticias de la esclavitud a la que fue expuesta. Los estudios, en su mayoría, se han enfocado en el estudio de la mujer esclava como centro del mundo doméstico y sexual del hacendado. Más sin embargo, la función de la esclava en la sociedad esclavista caribeña va más allá del simple mundo doméstico y del acto lascivo del amo. En la etapa primaria de la esclavitud, plantea Diana Paton, “las mujeres esclavas arribaron a las colonias americanas como minorías, ya que los hombres se podían vender en mayor número” (1). Más sin embargo, sigue planteando Paton, “no podemos entender porque no siguieron siendo la minoría” (1), ya que el número de mujeres y hombres en el Caribe era más o menos igualitario debido a que la mortandad masculina era más alta que la femenina. Por otra parte, a principios de la época esclavista, los esclavistas preferían comprar esclavos venidos de África, a costear la crianza de sus propios esclavos. A esto se añadía el hecho de que las mujeres embarazadas requerían más cuidados porque no funcionaban a capacidad durante y después de su embarazo, lo que creaba pérdidas económicas a los esclavistas. De hecho, las esclavas en el Caribe se caracterizaron por tener pocos hijos, dado que la gran mayoría de ellos no sobrevivían. A lo que se adhería el hecho, según Paton, de que la experiencia de la maternidad en la esclava fue marcada por la enfermedad y la muerte; y también el dolor y duelo por la muerte de sus hijos, convirtiéndose esto en uno de los traumas emocionales más grandes que vivió y escondió la mujer esclava.

Una vez avanzado el sistema de la esclavitud en el Caribe, y debido a la crisis económica que tuvo que enfrentar el hacendado en el siglo XIX y el bajo nivel de procreación y nacimientos, las condiciones de vida de la mujer esclava cambiaron. Se establecieron leyes, que si bien mejoraron su salud y condición durante y después del embarazo, también crearon más presión y vigilancia en torno a su reproducción. De hecho, en algunos casos, a las mujeres se les pagaba si los hijos sobrevivían al primer año. Para proteger a sus críos se crearon centros para el alumbramiento y leyes que protegían su bienestar antes y después del alumbramiento. Asimismo se les permitió la lactancia de los hijos hasta el año de nacido, como una manera de acelerar el proceso de la reproducción.¹ También es sabido que en muchas culturas africanas las mujeres eran veneradas, lo que no cambió en la nueva tierra (*Women's Resistance* 2); por eso, fueron las mujeres las que preservaron la historia de sus etnias, pasándola de generación en generación. De igual modo, la gran mayoría de las mujeres se enfrentaron a la sociedad esclavista del momento resistiendo de diferentes maneras la opresión que vivían y la violencia física y sexual a la que fueron sometidas.

Todo lo anteriormente expuesto, en cierta medida, es utilizado por Yolanda Arroyo Pizarro en su cuento “Saeta” para recrear a través de su personaje principal, Tshanwe, la historia de injusticia social que vivió la mujer esclava caribeña durante la época de la esclavitud y cómo a través de su experiencia esclavista logró sobrevivir, rescatando y re-escribiendo su historia. Asimismo, por un

lapso narrativo muy pequeño, adentra también la escritora en la trama del cuento la corta historia de sumisión de Jwaabi, personaje antagonista de la historia, para contraponerla a la historia de rebeldía de la protagonista del cuento.

“Saeta”, esbozo de la re-construcción de la historia de la mujer esclava en el Caribe español

Yolanda Arroyo Pizarro en su cuento “Saeta” se enfoca en la vida trágica de una joven esclava que vive en una plantación del Caribe español.ⁱⁱ Tshanwe, personaje principal del cuento, ... había sido la última adquisición del conde Don Georgino Pizarro en el mercado de esclavos capitalinos y por lo mismo no hablaba nada de la lengua de los nativos” (37). Tshanwe es una joven que es traída a la hacienda para ayudar a otra esclava, Jwaabi, en las tareas domésticas de la hacienda. Ambas pertenecen a culturas africanas distintas y, aunque tienen distintos orígenes lingüísticos, logran comunicarse a través de señas:

Tampoco conocía la lengua de aquellos que llamaban taínos y cuya lengua parecía ser tan necesaria para la cocción de alimentos... Mucho menos entendía el lenguaje nativo de Jwaabi, ni el de los demás sirvientes... puesto que casi todos venían de etnias diferentes dispersadas en el gran continente (Arroyo Pizarro 37).

A través de todo el cuento, la narradora se enfoca en el crecimiento, tanto físico como emocional de la protagonista, y su capacidad de ajuste a las nuevas normas que el hacendado y los otros esclavos le imponen. Asimismo por un breve lapso narrativo contrapone el discurso de inocencia de la recién adquirida esclava con el de la sumisión total que vive la esclava más antigua de la plantación. Este antagonismo lo introduce la autora en las primeras páginas del texto en donde se contrapone la inocencia de Tshanwe, “Había sido separada de sus consanguíneos en su tierra natal, y apenas había sobrevivido el viaje en nao” (37) con la caracterización sumisa de la otra esclava, Jwaabi, “En el momento que la ama gritaba “Juana”, Tshanwe veía como Jwaabi corría a su lado para atender alguno de los críos o para ayudarla con la palangana” (37). Sumisión que se hará más patente en el momento que el amo viole a la joven enfrente de Jwaabi. Esto hace que Tshanwe pase abruptamente de la inocencia a la realidad de la mujer esclava. Su inocencia es fatalmente arrebatada y marcada por la sexualidad desacerbada del amo en su primera violación: “El amo desprende la falda de barro de Tshanwe, y con una mano le abre las piernas... Palpa su pubis, y lo estudia con ávidos ojos... Empuja a la negra hasta el lecho... entonces entra y sale de ella; entra y sale” (36). No sólo Tshanwe tiene que aceptar ser violada, sino que también tiene que permitir que la otra esclava Jwaabi, quien “se ha quedado de pie en mitad del aposento, con las manos entrelazadas a la espalda. Esper[e]a sin pudor su turno” (36), sea sumisamente testigo del momento. La incapacidad de Tshanwe de resistir o de simplemente no defenderse por miedo, la hace presa fácil no sólo de la lascivia del amo, sino también del abuso al cual es expuesta por el hijo del amo casi al final del relato. Ambos eventos marcarán definitivamente el curso de la trama y el curso que seguirá la vida de la joven en su nueva prisión, la esclavitud; y en como utilizará su rebelión final para reconstruir la historia de las mujeres amarillas, las mujeres de su tribu en África.

Plantea Tailishia Sainvil que “la esclava se enfrentó a las convencionalidades sociales, restricciones económicas y leyes injustas, a costa de ser abusada física, sexual y verbalmente” (4). Muchas de ellas se rebelaron en contra de los amos, resistiendo el abuso sexual, el trabajo

extenuante y los efectos de esto en su familia, ingeniándose métodos para sobrevivir a los abusos a los que se tenían que enfrentar en su vida diaria. De esta forma crearon una cultura de independencia, según Sainvil, que “fue más allá de la supervivencia” (3). En el caso de Tshanwe esa cultura fue establecida desde el momento en que impotente a su suerte no pudo detener su violación ni resistirse a ser la testigo de la violación continua de Jwaabi. A partir de la violación sexual, Tshanwe se convierte en el objeto sexual del amo. Este último, no tampoco contento con la agresión sexual hacia la joven, también revierte la situación de la agredida sexual a la de observadora de la agresión sexual; es decir Tshanwe es obligada a ser la pasiva observadora de la violación constante de su compañera Jwaabi, “... en esa ocasión había entrado en Jwaabi primero, dejando a la otra que observara. Luego se había servido de Tshanwe...” (40) Este acto fue muy común en la época de la esclavitud caribeña, en donde las mujeres jugaron el doble papel de ser la amante del amo, a la que vez que seguían jugando el papel de la esclava. Por otra parte, hubo mujeres que actuaron pasivas ante las exigencias del amo, nunca cometieron ofensas, pero fueron castigadas por sus amos por el sólo hecho de verlas sufrir, algo muy parecido a lo que le sucedió al final de la historia a Tshanwe.

En el cuento la relación de poder tanto sexual como física que ejercía el amo sobre la esclava, en este caso Tshanwe, es retratado en el momento que después de una violación, el Conde Don Georgino Pizarro agarra a la protagonista por el brazo y la arrastra hacia donde están las balistas y las flechas que llevará a su día de caza. En este caso, sugiere Michele Dávila Gonçalves, “se vislumbra la realidad de las esclavas africanas en el Caribe y la humillación y el sadismo a la que son sometidas por parte de los amos” (56). La joven como ya he dicho después de haber presenciado la violación de Jwaabi y haber vuelto a ser violada por el amo es obligada por el amo a cargar las balistas y las flechas de su viaje de caza: “Finalizado el acto, tomó a Tshanwe del brazo y la arrastró hasta el cuarto reservado para las armas. Le colocó el bolso de flechas a un lado y una de sus dos balistas en el otro” (40). A principios en el viaje la carga se le vuelve pesada y extenuante, pero una vez el amo regresa a la casa de la hacienda y la deja olvidada en medio del campo aún con las armas a su cargo, el cansancio y la extenuación le abren paso a la primera etapa de su liberación espiritual:

Tshanwe se dejó caer extenuada. Dormitó sobre el rocío de la hierba apenas unos instantes. Sin embargo, casi de inmediato se puso de pie. Antes de decidir colocarse los pesados bultos de vuelta sobre los hombros para regresar, tomó el arco y lo cargó. Musitó, “nadie sabe cómo” previo a lanzar la flecha hacia la lejanía de los árboles (41).

Es decir Tshanwe comienza a liberarse al ocupar por un momento el lugar de poder que deja vacío el amo. Se levanta y empuña la balista, tira una flecha que se asesta en la infinitud del cielo, dándole la sensación al lector de que ha empezado el viaje regresivo de Tshanwe a su África natal, en donde la esperan las mujeres sabias de su tribu para comenzar a dar el grito de guerra. Más sin embargo, es más adelante en la narración cuando se consolida este proceso de liberación cuando “La saeta disparada a través de la arbolada al final del llanto emite un silbido. Los espíritus-- es la única explicación lo contestan” (47).

La noche del primer intento de liberación de Tshanwe en su lecho cama/tierra de esclava comienza a recordar a su gente, la vida de su villa que se quedó petrificada en el tiempo y a la cual sólo puede acceder por medio de recuerdos y sueños:

La sensación le trajo remembranzas de cuando escuchaba la señal de las mujeres de Namaqua anunciando algún evento de guerra. Se pintaban debajo de los ojos y sobre la nariz con una pasta hecha de especias en tonos que conmemoraban el amanecer. Colocaban la lanza y las otras armas de combate en un amarre sobre sus espaldas. Eran llamadas por otros pueblos como las cazadoras amarillas, famosas por usar flechas envenenadas... (43).

De ahí que los recuerdos que le vienen a la memoria sobre la fortaleza de las mujeres de su tribu, la hagan volver a recobrar fuerzas, a sentirse de nuevo guerrera para rescatar en su mente la historia de su pueblo. Por eso, a través de sus recuerdos y su fantasía re-escribe otra vez su historia; una historia distinta a la del que domina; su meta-historia, la historia de los vencidos convertidos en vencedores. Es decir, re-escribe en su fantasía la historia sobre la gloria de las mujeres de su pueblo, en donde la memoria, el tiempo y el olvido, características teóricas esenciales de novela histórica y el concepto de la meta-historia definido por Hyden White (Luz Marina Rivas 54), dominan. Por eso, rebelándose de su esclavitud remonta vuelo hacia su África natal en donde la reciben sus hermanas en un rito de liberación espiritual muy común entre las mujeres de su etnia. Aquí cabe aplicar lo que Sainvil plantea sobre la esclava en las sociedades caribeñas, quien “fue la encargada de preservar la historia oral de sus ancestros, pasar de una generación a otra la cultura/tradiciones/ religiones africanas” (2)ⁱⁱⁱ. Arroyo Pizarro valiéndose de los recuerdos nostálgicos de Tshanwe trae a colación en la trama del cuento la historia matriarcal de algunas culturas africanas y cómo su cultura fue derrumbada, destruida y opacada por los tratantes de esclavos,

Mujeres que desconocían el temor. O al menos no lo habían conocido hasta que se volvieron ellas, y sus familias, presas de criaturas más claras de piel que llegaban en barcazas y que las encadenaban. Las ataban con sortilegios. El encantamiento consistía en hacer detonar la carne para lograr las rendiciones (43).

Y, es precisamente, este pasaje el que es usado magistralmente por Arroyo Pizarro para dar entrada en el cuento al nuevo apresamiento o acorralamiento que la joven tendrá que enfrentar a manos del hijo del hacendado y su amigo.

Postula Harmony Turnbull que “Las mujeres que decidieron enfrentarse a los acosamientos de los amos, fueron objeto de violaciones sexuales, colgadas y atacadas con látigos, o de ambos castigos” (2). Este es el caso de Tshanwe, a quien “La Habían acorralado. La Esquina la cobijó por un rato, por muy poco tiempo, la verdad, justo hasta que los señoritos se le acercaron amenazadores disminuyendo el cerco” (43). Al sentirse atacada, acosada y maltratada por el hijo del amo y su amigo, “Tshanwe, abrió y cerró los ojos. Intentó convocar espíritus protectores sin éxito” (44). Más sin embargo, la invocación a sus dioses no es suficiente por lo que piensa rápidamente en la forma de cómo evadir al atacante. De ahí que utilice el pedazo de hierro con el que la ataca el señorito Trino, hijo del hacendado, muy parecido a la punta de una flecha que había recogido en el campo y la cuál había sido introducida a principio del cuento como su amuleto, para defenderse después de haber pensado instintivamente en todos los castigos que tendría que enfrentar cuando el amo se enterara:

Descarta, ---como posible repercusión de su defensa---las ideas del calabazo, el cadalso, la viga del cepo en donde se aprisionan manos y pies y la soga estirándose el cuello y las extremidades por uno de los caballos del amo. Aunque tales imágenes le nublan por un momento la razón, son desechadas de momento. En aquél, su primer acto de defensa, e intentando persuadirlos para que la dejaran en paz, Tshanwe esgrime el puntiagudo objeto hacia el señorito de mayor estatura, de modo que la parte metálica de la saeta termina incrustándose en el dedo corazón de él” (43).

El enfrentamiento de Tshanwe, al igual que el de las esclavas Caribeñas, tuvo repercusiones muy cruentas en su vida por parte del amo. Por eso, al final de la narración, postula Dávila Gonçalves, “Toda la descripción objetiva de tercera persona se tergiversa al final del relato cuando la historia queda en un mundo de ensueño donde Tshanwe pierde la noción después de haber recibido una paliza de su amo por haber golpeado al primogénito en un acto de defensa” (56). La joven es agredida a patadas ferozmente por el amo hasta dejarla en el piso agonizante y es este acto final el que alienta a su espíritu de libertad y rebeldía a buscar refugio en la valentía histórica-cultural de los suyos. Es aquí cuando Tshanwe, “Ágil como gacela, libre sobre la estepa del imponente paisaje rocoso de su tierra. Así corre, así escapa. Se embadurna de pinturas bélicas que anuncian tempestad de dardos y pértigas” (46). Pizarro, utiliza este momento de la narración para adherirse a uno de los puntos teóricos más relevantes sobre la novela (en nuestro caso cuento) intrahistórica, la cual como plantea Luiz Marina Rivas, “... narra el pasado desde las perspectivas de los marginados del poder” (63). A partir de ahora Tshanwe se convierte en el artífice de la creación literaria de su propia historia: “Tshanwe se prohíbe expirar, se prohíbe fenecer. La voluntad de sus ancestros y su temple la dirigen de vuelta por el túnel. No falezcas odalisca. No perezcas gladiadora. El tiempo de las edades pasadas te reclama” (46); y siguiendo la tradición de las mujeres amarillas de su tierra, con la misma saeta, símbolo de la flecha envenenada, cumple su venganza:

Las gotas le reaniman los párpados y un chamán invisible la hace despertar. Namaqua y sus mujeres guerreras la amparan. Desaparece el cuerpo. También desaparece una de las ballestas del amo. Tres días más tarde nadie se explica el encantamiento. Nadie comprende el embrujo... Otra mañana de ejercicio de flechas. Algún acto de hechicería hace regresar a una de ellas... Logra incrustarse en la frente de Don Georgino. Nadie sabe cómo” (47).

Termina Arroyo Pizarro el cuento con la muerte del Conde Don Georgino con la misma ballesta con la que fue atacada el personaje. “¿Será real o mágico el evento?—plantea Dávila Gonçalves, “En el mundo esotérico de Tshanwe todo es posible, inclusive la certeza de que al final una flecha se incrustará en la frente del amo don Georgino para cumplir con la venganza” (56).

Conclusión

Yolanda Arroyo Pizarro ha creado una narración histórica muy bien lograda en el cuento “Saeta”. A través de toda la trama del cuento, la presencia de elementos históricos que se relacionan específicamente con la historia de la esclavitud africana femenina en el Caribe. El cuento de Arroyo Pizarro está impregnado de imágenes, símbolos, prolepsis y analepsis

(siguiendo la terminología narratológica de Gérard Genette), símiles y metáforas, entre otro tipo de lenguaje histórico, poético y literario. La historia de Tshanwe y la de su contrapartida Jawaabi, son ejemplos de las dos miradas históricas que propone Arroyo Pizarro en su cuento. La historia de rebeldía de Tshanwe fortalece la de sumisa de Jawaabi. En cierta medida ambas se convierten en las antagonistas del discurso histórico que rescata la autora en el cuento. Aunque la presencia de Jawaabi es pasajera en el cuento y se remite a darnos la visión sumisa de la otra cara de la moneda en la historia de la esclavitud femenina, es importante porque hace balance con la fuerte personalidad que desarrolla en Tshanwe, personaje principal y movedor de la historia, a partir del ataque de violencia del que fue objeto. Quiero terminar esta ponencia reiterando que Yolanda Pizarro Arroyo en “Saeta” ha logrado magistralmente ficionalizar la historia de la esclavitud femenina en el Caribe.

Obras Citadas

- Arroyo Pizarro, Yolanda. “Saeta” en *Ojos de luna*. San Juan: Terranova Editores, 2006.
- Dávila Gonçalves, Michele C. “El universo caleidoscópico de Yolanda Arroyo Pizarro” en Amarilis Hidalgo de Jesús, editora., *Narradoras, cuentistas, cronistas, relatoras: La escritura de mujeres en Puerto Rico a finales del Siglo XX y principios del XXI*. En proceso editorial.
- Jean-Baptiste, Polovna. “To Have and To Own Until Death Do Us Part: Slave Relationships”. *Women in Resistance, Slave’s in Resistace, A Caribbean Study*.
http://scholar.library.miamiedu/slaves/womens_resitance/individual_essays/polovna.html
Consultado en la red el 11/2/2010.
- Jean-Baptiste, Polovna; Sainvil, Talisha; and Vertus, Genise. “Overview Essay: Women in Resistance”. *Women in Resistance, Slave’s in Resistace, A Caribbean Study*.
http://scholar.library.miamiedu/slaves/womens_resitance/individual_essays/polovna.html
Consultado en la red el 11/2/2010.
- Paton, Diana. “Enslaved Women and Slavery before and after 1807”.
<http://www.history.ac.uk/ihr/Focus/Slavery/articled/paton.html> Consultado en la red 11/2/2010.
- Rivas, Luz Marina. *La novela intrahistórica*. Caracas: El otro a mismo editores, 2da edición 2004.
- Sainvil, Talisha. “Tradition and Women’s Resistance”. *Women in Resistance, Slave’s in Resistace, A Caribbean Study*.
http://scholar.library.miamiedu/slaves/womens_resitance/individual_essays/polovna.html
Consultado en la red el 11/2/2010.
- Turnbull, Harmony. “Cannot Destroy my Spirit: Punishments Suffered by Slave Women”. *Women in Resistance, Slave’s in Resistace, A Caribbean Study*.
http://scholar.library.miamiedu/slaves/womens_resitance/individual_essays/polovna.html
Consultado en la red el 11/2/2010.
- Vertus, Genise. “An Even Stronger Woman: The Enslaved Black Caribbean Woman”. *Women in Resistance, Slave’s in Resistace, A Caribbean Study*.

http://scholar.library.miamiedu/slaves/womens_resistance/individual_essays/polovna.html
Consultado en la red el 11/2/2010.

ⁱ En la cultura africana la lactancia duraba unos tres años y los hacendados pensaban que la lactancia promovía la falta de fertilidad en la mujer (Paton 3).

ⁱⁱ Nótese que el escenario de la historia puede ser en cualquier país del Caribe español.

ⁱⁱⁱ Como por ejemplo el rito de la conexión materna con sus hijas por medio del acto de enseñarle a trenzarse a la hija y su participación en los ritos religiosos, entre ellos la ritual de la danza; cuyo ejemplo podemos ver hoy en día en el voodoo y salvaguardar la seguridad de los hijos (Sainvil 2).